

## Indice

Introducción .....	245
Pedro Agramont y Zaldívar .....	247
Francisco Alesón, S.J. ....	248
Juan Francisco Barasoain .....	260
Hermilio de Olóriz .....	262
Miguel Ancil .....	263
José M <sup>a</sup> Lacarra .....	267
Consecuencias de la Batalla .....	267
Iconografía .....	272

# **LA BATALLA DE VADOLUENGO, 1312, Y SUS CONSECUENCIAS.**

**Juan Cruz Labeaga Mendiola**

## **INTRODUCCIÓN**

En este año de conmemoraciones históricas importantes, batalla de Las Navas de Tolosa, año 1212, y conquista y anexión de Navarra, año 1512, no podía faltar, y menos en Sangüesa, el recuerdo de la batalla de Vadoluengo o del Vado de San Adrián ocurrida en el año 1312.

Bien es verdad que los textos, que a lo largo del tiempo escribieron diversos historiadores sobre dicha batalla contra los aragoneses, hay que depurarlos. A veces, esta tarea es fácil, en otras ocasiones, imposible, pues las leyendas, tradiciones y fondos históricos forman una amalgama difícil, en muchos casos, de separar. En el fondo de todo subyace una Crónica un tanto legendaria, llamada en ocasiones “Memorias antiguas”, acerca de la batalla de Vadoluengo. Como luego veremos, existieron tales memorias en el Archivo Municipal de Sangüesa, y fueron la principal fuente de información para los historiadores, que a lo largo de los años se van copiando unos a otros.

No es mi deseo ejercer una crítica destructiva, pues también las tradiciones son bellas y dignas de tenerse en cuenta. Me he limitado, casi siempre, a recoger diversos textos escritos por distintos autores y a dar algunas noticias sobre estos últimos. Más que los detalles, lo que aparece en el fondo de la cuestión es el heroísmo de los sangüesinos, sin olvidar a los aibareses, en defensa de las fronteras del reino de Navarra frente a los aragoneses. Las consecuencias de su fidelidad a los reyes trajo para la villa de Sangüesa cambios en el escudo municipal, la posesión del estandarte real aragonés y el mote “La que nunca faltó”. Vamos a situar geográficamente y en la historia a

Vadoluengo, y añadir algún breve dato sobre el rey de Navarra Luis el Hutin, pues en su reinado ocurrieron los hechos que se van a referir.

Vadoluengo es un lugar próximo a Sangüesa en dirección a Sos del Rey Católico. Domina sobre un alto la desembocadura del río Onsella y el histórico paso o vado de Vadoluengo en el Aragón, por donde, desde la más remota antigüedad, se cruzaba a la otra orilla de este río, antes de construirse el puente de Santa María en el siglo XI.

Aparece Vadoluengo como límite occidental del territorio, cuyas rentas entregó en 1035 el rey Sancho III el Mayor a su hijo Ramiro I. Y también en 1050 para delimitar las fronteras de este rey de Aragón, que se extendían desde Vadoluengo a Ribagorza. Fue escenario en 1135 del intento de acuerdo entre el rey pamplonés García Ramírez y Ramiro II de Aragón. Su palacio y su iglesia fueron donados en 1134 por Fortún Garcés Cajal, pariente del rey Alfonso el Batallador, al monasterio de Leire, pero, fallecida la esposa del donante, éste entregó en 1145 ambos a los benedictinos de San Pedro de Cluny. Posteriormente, perteneció a la también abadía benedictina de Nájera.

La iglesia románica fue consagrada en 1141 por el obispo de Pamplona Sancho de Larrosa. En este lugar los reyes Alfonso II de Aragón y Sancho VI el Sabio de Navarra acordaron en 1168 realizar conjuntamente una incursión en las tierras del rey Lobo de Murcia y un reparto de las zonas que ocupasen. Desde el siglo XVI hasta finales del XIX perteneció al marquesado de Góngora y ahora a una familia sangüesina.<sup>1</sup>

Luis I de Navarra, X de Francia, apodado El Hutín (testarudo), nació en París en 1289 y fue hijo de Felipe IV de Francia y Juana I de Navarra. Tras la muerte de su madre, las autoridades navarras le pidieron en 1305 que viniera a tomar posesión del Reino. Como el tiempo se iba demorando, las Cortes del Reino, reunidas en Olite y Pamplona en 1307, reiteraron su petición. En octubre de dicho año se coronó rey en Pamplona, y posteriormente hizo un recorrido rápido por Navarra, tres meses, para confirmar y jurar los fueros de las principales villas. El 5 de diciembre de dicho año estuvo en Sangüesa, el 15 emprendió su regreso a Francia, y ya no volvió a venir a Navarra. En 1314 se convirtió en rey de Francia.

En su visita al reino navarro llevó a cabo una dura represión: encarceló a muchos, impuso multas, deportó a Francia a los cabecillas de la nobleza, removió cargos e instaló al frente de la administración a personas de confianza, todos ellos franceses. Envió desde Francia dos grupos de inquisidores y reformadores del reino que practicaron una política de represión. Casó con Margarita de Borgoña, de quien nació Juana II de Navarra.<sup>2</sup>

1 LABEAGA MENDIOLA, J.C., *Sangüesa en el camino de Santiago*, Torres de Elorz, 1993, pp. 138-143. J.A., MARTÍN DUQUE, *Gran Enciclopedia Navarra*, Pamplona, 1990, art. Vadoluengo

2 LACARRA, J.M., *Historia política del reino de Navarra*, v. II, Pamplona, 1972, pp. 256 y ss.)

## PEDRO AGRAMONT Y ZALDÍVAR

### Carta de la villa de Sangüesa al rey

“En esta ausencia del rey había grandes encuentros y andaban tan revueltos navarros y aragoneses, que éstos estaban sobre el lugar de Pitillas (Petilla) que era en Navarra, y se maltrataban mucho los unos a los otros. Los de Sangüesa, como lugar de los más principales de este Reino, ribera del río Aragón, sitio de los buenos de España, recelándose del daño que les podía venir de los aragoneses, escribieron a Francia una carta al rey, que, aunque esté referida en otras historias, para el que no la hubiere visto no la vaya a buscar, y entiende el valor y fidelidad y lenguaje que en aquel tiempo tuvieron, la inseriré aquí, cuyo tenor es en esta manera: Muy excelente rey et.....Sangüesa, 22 agosto, 1312.<sup>3</sup>

Por esta carta les envió el rey alguna gente de Francia, con la cual se juntaron los de Sangüesa, y se encontraron en los llanos de Fileria (Fillera) con los aragoneses, y pelearon tan valerosamente con ellos, que, aunque murieron ochenta de los naturales de Sangüesa y hasta ciento y veinte de los franceses, fueron tan valerosos los que quedaron que, perseverando en la batalla, fueron vencedores y siguieron a los aragoneses matando sin piedad a muchos de ellos, con que dejaron libre a Pitillas (Petilla) del cerco que le tenían puesto.

En cuya venganza, dentro de pocos días, volvieron los aragoneses, reforzados de gente que les envió su rey, y entraron por el Val de Aibar hasta Olite, destruyendo y talando todo cuanto topaban. Acudieron con su gente y los hallaron cargando lo que habían saqueado y los dejaron que acabasen de cargar. Y habiéndose juntado hasta dos mil navarros, les acometieron al pasar del vado por el río Aragón, que llaman San Adrián. Y pelearon con ellos tan fuertemente, que murieron hasta ciento veinte, y los desbarataron quitándoles muchos de los despojos que llevaban, y el estandarte real de Aragón, que después acá lo lleva por divisa en sus armas la villa de Sangüesa en campo de plata, en diferencia que en Aragón es de oro”.<sup>4</sup>

Pedro Agramont y Zaldívar nació en Tudela en 1567 de familia burguesa de notarios, él mismo ejerció esta profesión en Tudela a partir de 1591. Posiblemente sus ascendientes fueron judeo-conversos y debió permanecer algún tiempo en la Corte de Madrid. Murió en 1635. Escribió una *Historia de Navarra* en Tudela, que terminó en 1632, el manuscrito fue localizado en la Biblioteca del Monasterio de Silos y publicado en 1993.

Resume brevemente tanto la batalla de Fileria como la del Vado de San Adrián en el río Aragón, y evita generalmente dar cifras fabulosas de los muertos por ambas partes. Incluye la carta que los sangüesinos dirigieron al rey de Navarra pidiéndole algunas tropas. Se alude a que los sangüesinos

3 Esta carta la reproducimos posteriormente en *Anales de Alesón*.

4 AGRAMONT Y ZALDÍVAR, P., *Historia de Navarra*, Estella, 1996, pp. 733-735.

tomaron el estandarte real aragonés y que añadieron sus cuatro barras a su escudo. Estos textos de Agramont, escritos en 1632, son anteriores a los escritos en los *Anales de Navarra*, que luego veremos, que vieron la luz en 1684. Aunque el autor no cita fuente alguna, ciertamente que debió de aprovechar los escritos de *Garibay*.



*Luis Hutín, rey de Navarra.*

## **FRANCISCO ALESÓN, S. J.**

### **1. Guerra de Aragón y causas de ella.**

¿Quién creyera que, corriendo las cosas en tanta bonanza y serenidad, se levantase borrasca que súbitamente las turbase? Pues levantóse de parte de la frontera de Aragón, habiendo entrado el año 1308. Las causas no se avisan, pero déjanse barruntar.

La venida a Navarra y coronación de Don Luis Hutin despertó en Aragón grandes recelos, de que le enviaba su padre Felipe a revolver las cosas de España y a divertir a Don Jaime II de Aragón de las guerras de Italia y Sicilia, que ambos reyes cebaban y mantenían con tesón a favor de sus parientes, que allí dominaban alternando la fortuna.

Con esta sospecha concebida en el ánimo, aunque arguye fue sin fundamento la pacífica entrada, coronación y tránsito por los pueblos de Navarra del rey Don Luis sin aparato alguno de armas, que luego y solo a recibir la corona y consolar el reino de la ausencia larga de sus reyes, dice Zurita, se turbó mucho el rey Don Jaime II de Aragón y que apresuró meterse en Huesca, para tener bien prevenida la frontera contra Navarra por aquella parte, por si se intentase alguna novedad.

Vivían también los de Aragón con dolor de que cuando el rey Felipe restituyó a Undués, Ul y Filera amigablemente al rey de Aragón, no hubiese vuelto también la villa y castillo de (Pitillas) Petilla, sita dos leguas dentro de los límites de Aragón, y rodeada de pueblos de aquel reino. Pero el rey Felipe atendió en esto a que aquella villa era conquista mucho más antigua hecha por los de Navarra, y no de las recientes hechas en aquella guerra, que entonces se fenecía con Aragón, y por esta misma causa Petilla se retiene y conserva hoy día en la jurisdicción del reino de Navarra.

Pero como quiera que en el beneficio suele ser mayor el dolor de lo que se juzga que falta que el gozo de la utilidad que se recibe, en Aragón se echaba de menos aquella falta, y dolía que reino extraño metiese aquella punta de jurisdicción irregular, entrándose por el suyo.

Y pareció conveniente, desvanecido ya el miedo de la guerra, emplear las fuerzas, que aquel recelo había juntado de varias partes para armar la frontera, en quitar aquella desigualdad y torcedura de ella que hacía Petilla dominada de extraños. Y que la oportunidad era la mayor cuando el rey Don Luis, concluidos los negocios que le habían traído a Navarra, daba ya vuelta, y, atravesando los puertos del Pirineo, se detenía algún tanto en la Baja Navarra, aguardando a la primavera y haciendo de manifiesto semblante hacia Francia y corte de su padre.

Ésta, en cuanto se puede entender, fue la disposición y causa de haberse movido ahora esta guerra, y no la que dio Garibay diciendo que los de Petilla dieron causa a ella irritando al rey de Aragón con correrías y presas, que hacían en las tierras de su reino. De lo cual ningún fundamento da, ni nosotros le hemos podido descubrir, además de la poca verisimilitud de que una pequeña villa, rodeada en torno de pueblos y fortalezas enemigas, no contenta con que la dejasen quieta, que era lo más que podía desear, tuviese audacia y osadía para hacer correrías y en frontera tan prevenida y armada, como estaba aquélla al tiempo por la causa dicha.

## 2. Sitio de Petilla.

Cuando las causas se ignoran el efecto fue cierto, que los aragoneses por este tiempo, juntando ejército, pusieron repentinamente sitio sobre Petilla. Con que se tuvo la frontera de Navarra, especialmente Sangüesa, a la cual, como Cabeza de Merindad y frontera y por la cercanía de Petilla, tocaba más principalmente acudiese el remedio, como lo hicieron sus vecinos con muy singular ardimiento, concurriendo para él, fuera de su natural valor y ejercicio continuo de armas como fronterizos, el vigor y aliento nuevo que infundiría la vista y estancia del rey tan poco antes en aquella villa, efecto muy natural de la vista y presencia de los reyes.

Porque luego hicieron llamamiento de los pueblos comarcanos y de la Merindad, y despacharon a toda priesa a un vecino suyo principal, dando al rey aviso del sitio puesto, su prontitud de ánimos para intentar el socorro. Pero representando los muchos vecinos esforzados que les faltaban por las guerras pasadas, y pidiendo les enviase alguna caballería, que no se hallaba pronta, y la que poco antes vieron pasar con el rey sirviendo de guardias de su persona, aunque era poca en el número, les pareció muy buena en calidad.

Escribieron con el mensajero carta en esta razón al rey, la cual se halla entre algunas memorias antiguas en el Archivo de Sangüesa. Esta carta, aunque la exhibió enteramente Garibay, sacada, según dice, de memorias y relaciones de aquellos tiempos y también la dio a la estampa el obispo Sandoval, no parece razón falte de Historia General, y la gran fidelidad, esfuerzo con que obraron los de Sangüesa merece se repita. Su tenor es éste:

Muy excelente rey et señor nuestro, el alcalde e los jurados et tota la Universitat de la vuestra leal et fiel villa de Sangüesa con humil et debida reverencia besamos vuestras manos et vos hacemos saber, que como la dita villa de Sangüesa sea situada en la frontera del reino de Aragón et esté siempre perseguida de los aragoneses, lures enemigos, por los buenos et agradables servicios que siempre ficimos a vuestra señoría et a vuestros antecesores con muito esparcimiento de nuestra sangre por la honor de la alta señoría del reino de Navarra, et tot siempre estamos como muro et amparo de la nuestra frontera, la cual nos esforzamos a defender con fazañas dignas de memoria.

Agora de nuevo vos significamos que los aragoneses con gran poder tienen sitiada la vuestra villa de Pitillas (Petilla) et a nos, como a defensores de esta frontera, nos toca el poner remedio conveniente, et por los muitos encuentros et peleas que cada día habemos con los aragoneses faltan muitos bonos de la dita villa, estamos faltos de gente. Si la vuestra señoría nos envias un cabdillo qui nos cabdillase, et alguna poca gente tiscamos hiamos a probar nuestra usada suerte para desitiar la dicta villa et proveerla que está en gran estricia.

Todo lo cual remitimos a vuestra Alta Señoría lo provea et faga como

millor videre que cumple. Dada la carta en la villa de Sangüesa a XXII de agosto de mil trescientos et doce años. Vuestros humildes et fieles súbditos, que en la vuestra gracia nos encomendamos. El alcalde et los jurados et toda la Universitat de vuestra villa de Sangüesa.

Alteró mucho al rey Don Luis y a los de su consejo el aviso de la carta y del legado, con gran extrañeza de que, habiendo sido tan pacífico su tránsito por la frontera visitando y consolando a su reino y sin tumulto de armas, le hubiese nacido a las espaldas una tan súbita y no esperada guerra. Y por no dilatar el socorro de la villa que peligraba, como cercada sin prevención ni temor de guerra, arrojó luego la caballería de sus guardias, con que había pasado poco antes por Sangüesa, para que pudiese llegar a tiempo de que se lograse el buen aliento y prontitud que mostraban los de Sangüesa. En cuanto a caudillo, aquellas memorias y relaciones de su Archivo dicen que el rey les dio a Don García Almoravid, a quien el rey había perdonado ya todos los excesos cometidos en la sublevación de la Navarrería. Pero esto se hace increíble, habiendo sido el incentor y caudillo de tantas calamidades.

Parece cierto que el autor o autores de las relaciones del Archivo de Sangüesa con el transcurso de algún tiempo, que pasó hasta que escribieron, se equivocaron en el apellido de Almoravid, común a Don García y a Don Fortuño ahora, como lo era también la sangre, aunque el grado de parentesco se ignora. Y que siendo conocidísimos Don García por la grandeza de las calamidades que ocasionó y movió y no tanto Don Fortuño, atribuyeron a Don García lo que debían a Don Fortuño Almoravid.

### **3. Batalla que ganan los de Sangüesa y socorro dado a Petilla.**

Como quiera que sea, la caballería de las guardias del rey atravesando a gran diligencia los montes, llegó a Sangüesa a tiempo, que ya en ella, con el llamamiento de las comarcas y fronteras, se había juntado un grueso de infantería, aunque no igual en número, pero de muy buena calidad y competente para probar fortuna. Y sin más aguardar, viéndose con caballería, aunque poca escogida, encargándose los de Sangüesa de la avanguardia marcharon la vuelta de Petilla, restados a socorrer a todo trance la plaza.

Los de Aragón, con cauto y prudente consejo, discurrieron no les convenía pelear en la cercanía de Petilla, porque era tierra áspera y quebrada, en que la infantería navarra, compuesta por la mayor parte de montañeses, hechos a los encuentros en tierra fragosas, pelearía con ventaja. Y que ellos además de ésta perderían otra, que era el exceso que hacían en la caballería, que no podría revolverse y manejarse tan bien en tierra quebrada, como en llanura grande de los campos patentes de Filera, por donde se esperaba al enemigo.

Y con este designio, y el cebo de que era cosa muy gloriosa salir a buscar al enemigo, dejando bastantes guardias, que rebatiesen las salidas de los cercados, puestos en batalla, marcharon la vuelta de Filera, en cuya llanura hallaron llegaban ya los navarros. Y reconociéndose, ni de una ni de otra



parte se dilató la señal de arremeter, porque unos y otros por la cercanía grande venían de batalla y a paso muy lento, que no gastase las fuerzas. Y se embistieron con tan grande aliento y duraron con tal tesón, que por un gran rato estuvo la batalla en peso sin inclinar la victoria.

Pero la avanguardia de los de Sangüesa, arrojando todo el coraje de fronterizos, y estimulados de la memoria de lo que habían prometido al rey, que les acordaban las voces de los cabos, aunque no las habían menester, hicieron una fortísima impresión, peleando con tal braveza y rigor de armas, que en fin rompieron la resistencia, y comenzaron de conocido a arrancar a los aragoneses del campo.

Y luego, la caballería enviada del rey, aunque poca en número, viendo la buena ocasión y lográndola, salió por ambos costados con gran denuedo y orgullo y pudo acabar de trastornar lo que estaba movido e impelido ya. Saliendo infeliz a los aragoneses el buen consejo de buscar la llanura, pues fue causa de que se siguiese más porfiadamente y con mayor estrago el alcance hasta la villa de Sos y hasta las asperezas del castillo de Rueita. Hacia esas dos partes derramó la fuga a los aragoneses, de los cuales, dicen aquellas memorias, murieron más de dos mil y trescientos. Pero no les salió a los navarros sin sangre la victoria, pues refieren murieron al pie de ducientos hombres, y que entre ellos de sola Sangüesa se contaron ochenta vecinos muertos fuera de los heridos.

Y habiendo dado saco al campo y dejado en Petilla nuevo refuerzo de guarnición y vituallas, que en parte llevaban y en parte se hallaron en El Real, dejadas a toda priesa de los que le guardaban contra las salidas, luego que supieron la desgracia, dieron vuelta a Sangüesa ricos de despojos, y con el gozo de verse libres del recelo que les causó la resistencia, que al principio sintieron en la batalla de cuanto blasonaron y ofrecieron al rey en la carta, no se interpretase a jactancia vana y espumosa, dolor que no ayudó poco a la victoria.

#### **4. Entrada de los aragoneses en Navarra.**

Juzgóse en Navarra y en el Consejo del rey que esta guerra, nacida de sola codicia de una pequeña villa, y no de enconos grandes de los reyes, por lo menos de parte del rey Don Luis es cierto que no le hubo, fenecería luego con aquel suceso. Pero los aragoneses siempre fue nación durísima de desistir de lo que una vez emprendió. Y de este golpe quedaron más doloridos e irritados que cautos y detenidos.

Y luego comenzaron a sentirse por toda aquella frontera grandes asonadas de guerra, que se reparaba hacerse levadas y reclutas gruesas, llamarse los presidios de lejos y conmovirse en armas lo más interior del reino de Aragón. Cosa que dio gran cuidado en Navarra y en tanto grado, que el rey Don Luis, por parecer de los de su consejo, pasó los montes y dio vuelta a Navarra enviando delante cartas de llamamiento general de armas por todo el Reino, y señalando por plaza de ellas a la villa de Urroz, a cuatro leguas de Sangüe-

sa. En que se puso a buena distancia para ir recibiendo a la gente que llegaba, y proveer la frontera con ella, teniendo por cierto se armaba guerra muy de propósito.

Pero como los aragoneses comenzaron antes los aprestos de ella, y obraban con la presteza que suele traer la impaciencia del dolor, antes que en Navarra se juntasen tropas de alguna consideración, pudieron engrosar ejército mayor que el primero. Y con él intentaron no cerco de fortaleza alguna, que los detuviese en la expugnación, comenzando ya a removerse las gentes del reino para acudir al llamamiento general, sino una venganza pronta y a menos riesgo, haciendo una grande y poderosa entrada por tierras de Navarra robándolas y saqueándolas.

Y juntas las tropas, se arrojaron al río Aragón esguazándole por el vado que llaman de San Adrián, dejando a mano derecha y río arriba, como a cuatro tiros de honda de distancia, a Sangüesa, nada prevenida para estorbar tan gran poder el esguazo del río, aunque tan cerca. Y luego, declinando a la villa de Aibar, que por el sitio muy enriscado podía alargar el cerco, se entraron y derramaron, como inundación súbita y grande, por todo el valle que del nombre de aquella villa se llama de Aibar, metiendo a saco los lugares abiertos, robando los campos y estragando cuanto no les era de provecho y podía ser de daño a los naturales, que, turbados con la invasión súbita, corrían en cuadrillas a los montes cercanos sin poder hacer otra resistencia, que fatigar al enemigo con armas falsas y seguirle de lejos por lugares ásperos. Y cuando más haciendo ligeros saltos sobre los que, cebados en la presa, se desmandaban en corto número, apartándose mucho del grueso principal del ejército.

De aquella suerte corrieron todo aquel valle por dos grandes leguas hasta el Puerto que llaman de San Ginés, donde se juntan los montes, que por septentrión y mediodía ciñen al valle. Y desde allí se arrojaron a las llanuras dilatadas en que se abren las fértiles comarcas de Olite y de Tafalla, las cuales corrieron con la misma hostilidad de robos y estragos. Y habiendo juntado una grandísima presa y recelando algún encuentro grande en la retirada, si la dilatasen, por las gentes del reino, que corrían a las armas, no sólo por el llamamiento público, sino también por avisos más recientes de la fama que divulgaba enemigo en la tierra, tocaron a retirar.

Y por el camino mismo que trajeron encaminaron la marcha de vuelta en busca del vado de San Adrián, sin tentar ni ligeramente a San Martín de Unx, que al tránsito de ida y vuelta ocurría, por ser villa bien armada y en muchas partes de sitio enriscado y pendiente. Llevaron la marcha bien apresurada, cuanto sufre la ordenanza militar, y permitían las frecuentes invasiones que los de Aibar, ya más en número, por los que se habían juntado de los pueblos finítimos hacían, picando la retaguardia y deseando detener al enemigo que veían escapaba con su presa.

Llegaron los aragoneses a un sitio debajo de la villa de Aibar y cerca del vado que buscaban. Pero no le esguazaron luego por haberles cogido la no-

che y deseaban pasarle de día, por descubrir con la luz las asechanzas, si acaso los de Sangüesa las habían puesto y ocupado la otra orilla a que habían de salir. Y así hicieron alto allí aquella noche.

### **5. Segunda batalla y memorable victoria de los de Sangüesa.**

No la malograron los de Aibar, que luego dieron aviso a los de Sangüesa de la detención del enemigo aquella noche, y pidiéndole cogiesen armados la orilla contraria para acometerle a la salida. Y que fuese con grande vocería, para que, oyéndola, ellos arremetiesen al mismo tiempo por la retaguardia con toda fuerza, como lo ofrecían, y de no faltar a la ocasión. Que no teniendo el enemigo ganada puente alguna era preciso el paso por el vado, y que la noche tenía traza de hacerle poco tratable, pues comenzaba lluviosa.

Así lo hicieron luego los de Sangüesa. En la cual, entre los vecinos y la gente que habían acudido de los pueblos cercanos, se contaban bien cumplidamente dos mil hombres de pelea de buena calidad. Y por no disminuir el número de los que habían de salir a pelear, dejaron a Sangüesa más que con defensa con apariencia de ella, coronando las torres y murallas de viejos, enfermizos y mujeres todos armados, y sobresaliendo los hierros de las lanzas por entre las almenas. Y envueltos en las sombras de la noche y con gran silencio, cogieron, cerca de la iglesia de San Adrián y enfrente del vado, unas quebradas que allí hace por ambos lados el pequeño arroyo Onsella, que da nombre al valle, y debajo de la iglesia se mezcla con el río Aragón. Y allí encubiertos aguardaron la ocasión.

Al primer albor del cielo movieron de sus estancias los aragoneses, echando delante por el vado toda la presa y fardage embarazoso para que se embarazase y descompusiese en ella el enemigo, si le hubiese, y ellos enteros y bien ordenados pasasen el vado sin resistencia, estando el enemigo divertido en robar, y hallándole descompuesto, romperle y mantener la presa o recobrarla.

Dividieron el ejército en tres batallas: una de avanguardia, que seguía de cerca de la presa y tocaba ya a la orilla contraria. Otra en medio, que entraba ya en el agua, con orden de cargar hacia donde se sintiese mayor peligro. La tercera en la orilla septentrional haciendo rostro a los de Aibar, si se moviesen, y asegurando el paso a los demás compañeros. Con este orden marchaban.

Pero los de Sangüesa, que calaron el designio de echarles la presa delante y sabiendo que la presa es de quien fuere la victoria, en gran silencio y quietud se la dejaron pasar y por muy cerca. Y cuando sintieron que la avanguardia salía ya del río y comenzaba ya a repechar una cuesta, en que se levanta algún tanto la orilla junto a la iglesia, saltando de la emboscada, arremetieron con grande ardimiento y grandísimo tumulto de vocería, para poner miedo a los enemigos y avisar a los amigos. Y ganando primero la eminencia, desde ella arrojaron sobre la avanguardia una espesa lluvia de saetas, dardos, lanzas, piedras y todo género de armas arrojadizas, con que

descompusieron no poco el escuadrón de los que subían. Y arrojándose sobre ellos desde lugar superior los impelieron hasta el río, y se trabaron con ellos en una crudísima pelea.

Y los de Aibar, avisados con la seña concertada y con la vista del desorden de la avanguardia enemiga, levantando iguales clamores para avisar también de su asistencia, con todo el coraje que les encendía el dolor de la presa robada y estragos hechos, embistieron denodadamente contra la batalla tercera de retaguardia, que ocupaba la orilla, aunque no tocaba el agua, pero con el ímpetu grande de la arremetida los obligaron a meterse por ella. Con que turbaron a la batalla de medio impeliéndola con la retirada que hacia ella hacían y causaron grandísima confusión.

Porque en la apretura grande de tanta gente arremolinada y estrechada a las márgenes del río, ni se abría espacio para formar ordenanzas y jugar las armas desembarazadamente, el río represado de la multitud crecía y la lluvia de la noche le había aumentado no poco, y con los vaivenes y encuentros de unos con otros no podían tenerse con firmeza, y las lanzas, que podían servir de estribo, la necesidad obligaba a arrojarlas contra el enemigo que instaba privándose del arrimo para tenerse y consistir, con que era grande el estrago.

Aunque dicen le evitó un trozo de la avanguardia, que aterrada con la invasión súbita y viéndose impeler al agua, reventó con el aprieto por su costado derecho, y tomando camino más bajo, por junto a la orilla con la cercanía de la raya de Aragón, pudo escapar.

Pero sin embargo de esto y de la iniquidad del lugar en que se peleaba, los aragoneses tuvieron un gran tesón y mayor, que el que se podía creer en aprieto tal. Porque reconociendo y condenando ya su temeridad, y haber querido esguazar a ida y vuelta río tan crecido y por vado sabido y único, sin tener ganada puente, y en tierra enemiga por ambas riberas, que las habían de ocupar los naturales, y más con el tiempo que les dieron entrando tan adentro de país viéndose prevenidos y cogidos en aquellas angustias, se aconsejaron con la desesperación y se armaron con ella.

Y ensanchando las frentes de sus escuadrones, para desahogarse entre sí mismos algún tanto a que daba lugar el vado, por ser muy largo, permitieron en forma de batalla no poco tiempo ardiendo en coraje dentro del agua, y forcejeando por ensangrentar mucho al enemigo la victoria. Lo cual en parte consiguieron.

Hasta que los navarros, irritados de la porfiada resistencia y por no perder victoria ya en las manos, exhortándose con clamores de avance de una y de otra parte, pudieron romper el grueso de los escuadrones enemigos destrabándolos, poniéndose en medio de ellos e impeliéndolos hacia fuera de los vados. Y los aragoneses, buscando salida por el vado, que pensaron se continuaba, caían inevitablemente unos río arriba y otros río abajo en lo más profundo de él. Y se sumergían y perecían por ser grande la profundidad del río Aragón, en especial desde media legua antes de tocar en Sangüe-

sa, en que los dos ríos que ciñen a Lumbier, Irati y Sarazazo, atravesando juntos las estrechuras como de garganta de las altísimas peñas, que llama Foz, sin duda de la palabra latina Faux, y saliendo por la puente que llaman del Diablo, por ser el paso muy malo, descargan en el río Aragón y le aumentan grandemente.

Y si algunos en la profundidad vencían la corriente, o por beneficio de los caballos o a fuerza de brazos y pericia de nadar y arribaban a la orilla, eran recibidos en las puntas de lanza y espadas, o impelidos otra vez al agua con los encuentros de las rodelas por algunas pequeñas tropas de los vencedores, que corrían las orillas y las guardaban.

Con que fueron pocos los que pudieron escapar. Y el río todo por no poco trecho se veía correr espumoso y revuelto en sangre, llevando hacinados y confusos hombres, armas y caballos. Y aquellas memorias del archivo dicen no faltaron algunos que codiciosos de más despojo siguieron el curso del río hasta la villa de Caparroso, por seis largas leguas, para despojar los cuerpos que los remansos del agua arrimaban a la orilla en los ribazos, atrayéndolos con los cuentos de las lanzas.

Este fue el memorable suceso de la batalla que llaman del Vado de San Adrián. El cual en lo más antiguo se celebraba, como queda visto varias veces, y en actos memorables con el nombre de Vado Luengo, por razón de que allí el río Aragón, corriendo largo trecho por suelo peñascoso y no pudiendo por esa causa profundar la madre, la ensancha y abre paso vadeable por largo espacio.

En tiempo posterior fue prevaleciendo el nombre de Vado de San Adrián, por la iglesia que allí se fundó y dedicó al santo mártir por aquel gran caballero y de sangre real Don Fortuño Garcés Cajal, que la donó al monasterio de San Pedro de Cluny con el señorío de un buen heredamiento que allí tenía y se conserva hoy en los Señores del palacio de Góngora, sito a legua y media de la ciudad de Pamplona hacia el mediodía, cabeza y primer solar de los del apellido de Góngora y tronco de las ramas que dentro y fuera del reino se han dilatado.

Murieron en esta batalla cuatro mil y seiscientos aragoneses y de solo los de Sangüesa ciento y veinte y seis vecinos, que dice la memoria, se contaron por casas fuera de los de otros pueblos que concurrieron y muestra el tesón que tuvieron los de Aragón en tan difícil y duro trance. La presa que se enviaba delante se recobró apriesa, porque viendo rota y malparada la avanguardia, que era la única escolta de seguridad que llevaba, desmembrándose algunos de Sangüesa o con orden o sin él, que no todo puede mandarse en el ardor y tumulto de batalla y algo se deja siempre a lo que dicta la ocasión, corrieron tras ella y muy presto la alcanzaron, porque iba a paso muy lento aguardando a su escolta. Y por la cercanía grande la metieron en Sangüesa. Y de ella reconocida se volvió a los de Aibar y demás pueblos robados lo que pareció pertenecerles además de los despojos que por su parte ganaron. Con que volvieron muy contentos a sus casas.

**6. Presentan al rey el estandarte real de Aragón y pretenden recobrarle los aragoneses.**

Entre los despojos de esta victoria el que más se estimó fue el estandarte real de Aragón, que ganaron los de Sangüesa y hoy se ve en ella, con insignia de los cuatro bastones rojos sobre campo de oro. Con el cual el alcalde y jurados y muchos de los vecinos, que se habían hallado en la batalla, corrieron a toda priesa a la villa de Urroz para presentarle al rey Don Luis, que se hallaba allí recogiendo las gentes de armas que le iban llegando, movidas del llamamiento general y aprestándolas para socorrer alguna plaza, que creyó sitiarian si duda los de Aragón y aguardando a ver a dónde cargaban.

Y viéndose súbitamente libre de aquel cuidado y con la victoria no esperada en las manos, por el gran valor de los de Sangüesa, dicen aquellas memorias los salió a recibir a caballo fuera de la villa, y que los honró mucho celebrando su lealtad y grande esfuerzo, y que les dio muy honoríficos privilegios, no sólo al Concejo en común, sino también a personas particulares que se habían señalado. Y añade el escritor que de unos y otros, cuando él escribía, ya se habían perdido muchos por descuido y robádose otros por envidia.



*Sello céreo de Luis Hutín.*

El que duró y dura hoy día en el uso es que les concedió blasonasen de allí adelante en su escudo público la insignia misma de los cuatro bastones rojos de las armas de Aragón, pues las habían ganado con tanta gloria. Y con sola la diferencia de campo, que siendo en Aragón de oro, quiso fuese en Sangüesa de plata, como retienen o para diferenciar uno y otro escudo, o como barruntan aquellas memorias para significar que la victoria por la mayor parte se ganó en el agua, cuya apariencia de color remeda a la plata. Y les concedió también que en las procesiones y actos públicos sacasen para recuerdo por las calles el estandarte ganado.

Garibay dice que en su tiempo duraba la costumbre de sacarle. Pero no mucho después y en la memoria de nuestros abuelos cesó esa costumbre por un hecho no para olvidarse. Y fue que los de Aragón cercanos a Sangüesa, y que acuden con frecuencia a ella por causa del comercio, como a pueblo tan principal y numeroso, se quemaban mucho de ver se sacaba cada año públicamente a su vista el estandarte, interpretando con emulación nacional a exprobadón tácita de habersele ganado en batalla.

Con que resolvieron recobrarle como pudiesen. Y aguardando la festividad próxima y grande, que todo el pueblo hace al Sacrosanto Misterio del Cuerpo de Christo, se metieron en celada una buena tropa de fronterizos armados y más indignados en El Real, fortaleza de Aragón a media legua de Sangüesa, habiendo enviado primero y bien instruido un hombre aragonés muy señalado por las fuerzas y audacia de ánimo. El cual, entrando en Sangüesa, como otras veces, aguardó, en el zaguán de su posada, y con la puerta medio cerrada, el paso de la procesión, prevenido de caballo muy brioso y muchas armas de fuego. Y cuando sintió que el jurado que llevaba el estandarte emparejaba con la puerta, abriéndola de golpe arremetió a él y le arrancó el estandarte de las manos, y a carrera abierta escapó por la puerta de Jaca la vuelta del Real y de la emboscada que había de salir a defenderle.

Descompúsose la procesión enormemente corriendo todos a pendón robado como a pendón herido en alcance del robador. Los vecinos, arrancando las espadas de que se hallaron ceñidos, los clérigos y religiosos, siguiéndole con muchas piedras, voceando todos con gran tumulto y echando algunos por atajos para prevenirle. Pero escapaba sin duda con el robo, sino que, con la arrebatada apresuración de la carrera, al subir una cuesta, que se levanta algún tanto cerca de la puerta, tropezó y cayó el caballo. Y antes de que pudiera recobrase el caballero, le alcanzaron los que le seguían, y le hicieron pedazos y recobraron el estandarte.

Y con esa ocasión, el alcalde, y jurados, y los vecinos ancianos de más celo y prudencia, cargando la consideración en que el sacar y llevar el estandarte en público era linaje de provocación e irritación de los comarcanos, a que no se debía dar lugar, en especial viviendo ya unos y otros debajo de unos mismos reyes, resolvieron que nunca se sacase en público, sino que se tuviese bien guardado en el Archivo. En el cual le hemos visto algunas veces, reconociendo los instrumentos de él, y, al parecer, con no dudosas señas de manchas de sangre, o del que le mantenía o del que le ganó, o de entrambos, aunque con el color de la sangre ya mortecino y desmayado con la antigüedad del tiempo.

Esta mudanza del blasón de armas de Sangüesa hecha ahora, se reconoce todavía en la variedad que se ve de sus escudos, porque en los más antiguos, que duran en algunas partes y en la casa del consistorio se mira un castillo o torreón muy levantado con alusión, por ventura, al primitivo suelo de Sangüesa Vieja y Rocaforte, por un gran peñasco, que se levanta en ella ceñido de muralla fuerte, aunque ya algún tanto desmoronada. Y los escu-

dos más modernos todos son con la insignia misma del de Aragón, menos con la diferencia ya dicha del color del campo”.<sup>5</sup>

Francisco Alesón nació en Viana en 1634 e ingresó en la Compañía de Jesús en 1650. En 1662 enseñaba filosofía en el Colegio de la Anunciada de Pamplona. Predica durante cuatro años en diversos colegios de la Compañía hasta su ingreso solemne en 1688. Un año antes, 1687, fue elegido en la sesión celebrada por la Diputación para la elección de un sucesor del Padre Moret, cronista oficial del reino, y todos los papeles pasan a disposición del jesuita que emprende la sistematización y continuación de los Anales de Navarra.

Alternó su labor con el desempeño de cargo de dirección de diversos colegios tales como los de Soria, San Sebastián y Loyola. Desde 1692 hasta 1694 está en Pamplona. En 1695 fue nombrado viceprovincial de la provincia jesuítica de Castilla, tres años después rector del colegio de Valladolid y en 1701 del de Salamanca. Muere en Logroño el 8 de octubre de 1715.

Alesón es el historiador que aporta más noticias sobre la batalla del Vado de San Adrián de tal manera, que llega a anotar no solamente el hecho de la batalla a grandes rasgos, sino que desciende a pequeños detalles. Se justifica tal abundancia y minuciosidad de los textos, ya que utilizó unas “Memorias y relaciones” del Archivo Municipal de Sangüesa. Tales memorias, que no se han conservado, dan a entender unas Crónicas, más o menos legendarias, escritas seguramente por un sangüesino, pues aportan muchos detalles locales, probablemente ya en el siglo XV.

El mismo historiador jesuita escribe haber visitado en varias ocasiones dicho archivo de la villa de Sangüesa, en donde vio la carta que los sangüesinos escribieron al rey Luis Hutin, el 22 de agosto de 1312, solicitando refuerzos para socorrer a Petilla sitiada por los aragoneses. Igualmente vio, él mismo lo asegura, en el ayuntamiento sangüesino el estandarte real tomado a los aragoneses.

El autor de las Memorias quiere ante todo resaltar el valor de los sangüesinos, sin olvidar a los aibareses, en las luchas fronterizas contra los aragoneses, “su muy singular ardimiento, el coraje en el continuo ejercicio de las armas como fronterizos, la gran fidelidad a los reyes navarros”.

Destaca la poderosa entrada de los aragoneses en Navarra por Vadoluengo para robar y saquear por toda la Val de Aibar hasta Olite y Tafalla. Llama la atención la descripción topográfica, que hace el autor, del vado de San Adrián, y la noche lluviosa de la batalla, y el río Aragón crecido por el aumento del caudal por los ríos Salazar e Irati. Anota la temeridad de los aragoneses en tierra enemiga, que se ahogaban en lo profundo del río creyendo que todo era vado. “Los que pretendían subir por las laderas eran empujados por las lanzas al río. Fueron pocos los que pudieron escapar”.

5 ALESÓN, F. de, *Anales de Navarra*, Libro XXVI, cap. II, pp. 515-526.



Respecto al número de muertos en las batallas hay una exageración manifiesta, pues nada menos que en los llanos de Fillera murieron 2.300 aragoneses y tan sólo 200, 80 de ellos sangüesinos, y en el Vado de San Adrián perecieron 4.600 aragoneses y tan sólo 126 de Sangüesa. Estos datos, a todas las luces interesados, copió el historiador Alesón, como él mismo asegura, de las *Memorias* del Archivo Municipal, a las que ya nos hemos referido.

Asimismo, estas *Memorias* anotaron la venida del rey Don Luis a Navarra, desde Francia, para fijar su residencia en la villa de Urroz, convertida en plaza de armas. Aquí salió a caballo, fuera de la villa, a recibir a los sangüesinos: alcalde, jurados y vecinos, que habían participado en la batalla, y aquí le presentaron el despojo más estimado, el estandarte real aragonés. A su vez, el rey colmó de privilegios honoríficos a muchos sangüesinos, les concedió dicho estandarte y que añadieran a su escudo las cuatro barras aragonesas, sobre fondo de plata, y el mote de “La que nunca faltó”. A lo arriba escrito añadimos críticamente que la historia demuestra que Luis Hutín se encontraba ya en Francia desde finales del año 1307 y que ya nunca volvió a Navarra, por lo que no podía estar en Urroz en 1312.

## **JUAN FRANCISCO BARASOAIN**

“En el reinado de don Luis Utín ganaron los de esta ciudad una famosa batalla contra los de Aragón en el vado que llaman de San Adrián sobre las playas del río Aragón, hoy señorío de los marqueses de Góngora, antes convento de las monjas de Grandimont. Esta batalla fue a resulta de la famosa batalla de Filleras, después de haberles hecho levantar a los aragoneses el cerco de Petilla, que acudieron por socorro a Sangüesa como a su frontera. Fue muy sangrienta, pues, aun ganada por los de Sangüesa, con grandes ventajas y muchos despojos, costó doscientos hombres, entre ellos ochenta de Sangüesa.

Se dijo de Fillera por un lugar arruinado de este nombre, en cuya llanura se dio, y aún se conserva parte de su iglesia dedicada a San Pedro, y no muy lejos el camposanto donde dieron sepultura a los muertos, y ahora llamamos Los Fosales con sus mugas y cruces como en los cementerios.

Y picados de tan gran pérdida, los aragoneses pasaron poco después el vado llegando hasta San Martín de Unx, robando y talando todos los lugares indefensos, y al volver a repasar el vado, llenos de presas y despojos, fue la batalla de San Adrián, donde lo perdieron todo.

Su escudo de armas se divide en dos cuarteles, en el primero hay un castillo, que es su primero y más antiguo timbre. En el segundo están las barras de Aragón, con la diversidad que las de aquel reino en campo dorado y éstas en plateado, en alusión a la citada batalla del vado de San Adrián en que se les ganó la bandera.

Antiguamente, se sacaba esta bandera en las procesiones públicas, hoy se saca un traslado a resulta de haber hecho los aragoneses el atentado de

quererla robar, quitándola al que la llevaba en una procesión solemne, saliendo de improviso a caballo de un zaguán algunos de ellos, que para su resguardo tenían prevenida una emboscada a poca distancia de los muros. Lograron el cogerla y el desorden de la procesión, pero para poco tiempo, porque, alcanzados antes de llegar a su retaguardia, quedaron sin vida y sin bandera, que hoy conserva bien archivada. Estas segundas armas de Aragón las añadió a las de esta ciudad el citado rey don Luis Utín con el epíteto de “La que nunca faltó”.



*Dibujo del siglo XVIII.*

Añadimos que el Archivo Parroquial de Santa María de Sangüesa posee un curioso libro manuscrito, agrupa distintos documentos, y su contenido es de lo más diverso: Datos sobre la entrada de los franceses con una caricatura de Napoleón, pleito de Sangüesa contra Sos del Rey Católico, obras en el Aragón contra las riadas, manera de hacer pinturas y barnices, fórmulas para curar diversas enfermedades, etc. pero sobresalen dos Descripciones Históricas de Sangüesa.

Puede afirmarse que el autor de ambas memorias históricas fue el sangüesino Juan Francisco Barasoain, personaje importante que perteneció al Patronato laico parroquial de Santa María., y pueden fecharse en la segunda mitad del siglo XVIII. <sup>6</sup>

6 LABEAGA MENDIOLA, J.C., “Aspectos históricos y etnográficos de un libro manuscrito sangüesino”, en *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, nº 50, Pamplona, 1987, p. 255.

## HERMILIO DE OLÓRIZ

“Vino a Navarra el rey don Luis Hutin después de transcurrir dos años, instado por las Cortes para recibir la corona con las formalidades que preceptúa el Fuero. Luego de su llegada, ya fuese impulsado por la inquina que se tenían los pueblos fronterizos, o tal vez por algunos desmanes que llevaran a cabo los navarros, es lo cierto que la gente de Aragón puso cerco a Petilla, lugar de la Merindad de Sangüesa.

Pidió esta población, como cabeza de Merindad, ayuda al rey D. Luis que estaba en Ultra-Puertos; mandóle el soberano a Don Fortuño Almoravid, a la cabeza de la caballería de su guardia. Uniéronse estas tropas a los valientes hijos de Sangüesa, y, avistando al enemigo en los campos de Filera, le derrotaron completamente, matándole más de 2.300 soldados y persiguiéndole hasta las cercanía de Sos y del castillo de Rueita.

Logrado este triunfo, tornaron a la ciudad los vencedores juzgando escarmentado el enemigo. Pero no bien se tuvo en Aragón noticia del suceso, juntóse aceleradamente gran muchedumbre de soldados que, penetrando en el Valle de Aibar por el vado de San Adrián y corriendo luego los campos de Olite y Tafalla talaron cuanto se hallaba en su camino.

Cargados de despojos contramarcharon, satisfechos de haber vengado, aunque sin combatir, el desastre de Filera, o temerosos de dar con las tropas navarras. Asaltóles la noche en el camino, pernoctaron bajo la villa de Aibar. Al romper el alba trataron de pasar el río. Y ya formada en la opuesta orilla la vanguardia, cuando la gente de Sangüesa y con ella la de algunos pueblos limítrofes que emboscada permanencia frente al vado, arrojóse con ímpetu irresistible sobre los invasores poniéndolos en retirada.

Al mismo tiempo los de Aibar, precipitándose sobre la retaguardia, la desordenaban y hacían retroceder hasta dentro del río. Luchaban con gran valor los aragoneses. Mas los navarros, extremando la furia, en breve espacio hicieron suyo el triunfo y el cuantioso botín que aquellos conducían. Perecieron en la batalla 4.600 de los primeros. Y desde entonces, Sangüesa, *la que nunca faltó*, luce en su escudo las cuatro barras rojas de Aragón, pero sobre campo de plata, con alusión a que la victoria se obtuvo en su mayor parte en el agua. Guarda, asimismo, en su archivo el estandarte que tomó en la batalla a los invasores, y su nombre y el de Aibar ocupan gloriosa página en la historia”.<sup>7</sup>

Hermilio Olóriz Azparren nació en Pamplona y fue poeta romántico e historiador. El que Navarra dejara de ser reino, para convertirse en provincia, contribuyó a vivir apasionadamente el drama foral y a escribir sobre las grandes gestas del pasado glorioso navarro. En 1888 le nombró la Diputación bibliotecario y cronista de Navarra. Colaboró en diversas publicaciones periódicas.

7 OLÓRIZ, H. de, *Resumen Histórico del Antiguo Reino de Navarra*, Pamplona, 1887. Redición, Fundación para el estudio del derecho histórico y autonómico de Vasconia, San Sebastián, 2009, pp. 103-104. 1887

cas. Escribió diversos libros sobre la historia, biografías de navarros ilustres, y alcanzaron notoriedad el *Resumen histórico del Antiguo Reino de Navarra*, Pamplona, 1887, que ya hemos citado, y la *Cartilla foral*, Pamplona, 1894.

Los textos sobre la batalla de Vadoluengo están en su mayor parte tomados de los *Anales*, y no duda en afirmar que Aibar y Sangüesa fueron los protagonistas de una página gloriosa en la historia de Navarra.

### MIGUEL ANCIL

“El rey de Navarra Felipe el Hermoso restituyó al de Aragón las plazas de Undués, Ull y Filera, pero quejábanse los aragoneses de que la villa de Petilla, internada dos leguas más en territorio de Aragón, siguiera perteneciendo a Navarra, proponiéndose recobrarla por la fuerza de las armas. El 5 de noviembre de 1307 el rey Luis el Hutin estuvo en Sangüesa expidiendo el juramento de sus fueros a los de Cáseda, y en el mismo año concedió a Sangüesa el privilegio del peaje de su puente que en 1317 confirmó Felipe el Luengo (Archivo de Comptos. Sección de Mercedes.)

Era el año 1308 cuando un ejército aragonés ponía sitio a Petilla, y como plaza fronteriza correspondía a Sangüesa socorrerla. Para ello reclutaron los sangüesinos varias compañías de hombres y mandaron un mensaje al rey don Luis Hutin, con objeto de comunicarle el hecho y, al mismo tiempo, pedirle algunos escuadrones de caballería de la excelente francesa que llevaba para escolta de su persona. (Archivo de Sangüesa).

La carta que los sangüesinos dirigieron al rey es la siguiente. (Reproducida anteriormente en *Anales*)

Alteróse el monarca con la noticia, pues días antes había estado en Navarra, pasando por las fronteras de su reino sin observar ningún malestar. Y con objeto de socorrer a la villa de Petilla envió a los sangüesinos las tropas que le pedían y como jefe del ejército combatiente a don Fortuño Almoravid, alférez del Estandarte Real de Navarra.

En virtud del llamamiento de los sangüesinos se había ya reunido grueso núcleo de infantería, cuando llegó la caballería del rey con don Fortuño Almoravid, al frente salió el ejército de Sangüesa, ocupando la vanguardia los naturales de esta plaza. Estaba formada la infantería navarra de montañeses avezados a pelear en terreno áspero, mientras que, contando los aragoneses con caballería más numerosa, podían maniobrar mejor en el llano, por lo cual esperaron a los navarros en los campos de Filera, debajo de Sos.

Puestos en orden de combate los ejércitos, se acometieron con tal furia, que por mucho rato estuvo indecisa la victoria, hasta que, haciendo un esfuerzo, la vanguardia sangüesina rompió la resistencia enemiga, retrocediendo los aragoneses, los cuales perseguidos por la caballería del rey llegaron hasta la villa de Sos y las asperezas del castillo de Ruetia. Según las Crónicas, en esta batalla de la llanura de Sos o de Filera tuvieron los aragoneses 2.300 bajas, y también para los navarros fue sangrienta, pues de Sangüesa se contaron 80 muertos..

Dejaron los navarros en Petilla refuerzo de guarnición y avituallaron la plaza, no sólo con lo que ellos llevaban, sino con parte del botín cogido a los aragoneses, los cuales habían dejado sus aprovisionamientos en Camporeal, entrando en Sangüesa el ejército victorioso.

Con este hecho de armas creyóse terminaría la guerra. Mas del golpe sufrido quedaron resentidos los aragoneses y, con su tenacidad característica, proclamaron la guerra contra Navarra, reuniendo levadas numerosas de gente armada.

Conocidos por el rey Luis el Hutin los preparativos, vino a Navarra, enviando cartas de llamamiento a las armas, y señalando la villa de Urroz como plaza de reclutamiento.

Entre tanto, numerosos núcleos aragoneses, atravesando el río Aragón por el Vado de San Adrián, irrumpieron en los campos de Aibar, saqueando el terreno, y continuaron su invasión hasta las vegas de Olite y Tafalla, desde donde retornaban a su país con cuantioso botín. Pasaron por Aibar, donde tuvieron escaramuzas con sus vecinos que se habían armado, y cogiéndoles la noche en la margen derecha del Vado de San Adrián, allí acamparon sin pasarlo.

Noticiosos los de Sangüesa de la posición ocupada por el enemigo, se reunieron aquella noche en considerable número, proyectando el ataque de la mañana siguiente en combinación con los de Aibar. Aquella noche acamparon los sangüesinos cerca de la iglesia de San Adrián y en unas quebradas que hace el río Onsella en su desembocadura en el Aragón.

Con el alba, movió el ejército aragonés, que desde luego, se percató del combate que se le avecinaba. Estas tropas aragonesas se dividieron en tres columnas: una de vanguardia, que llegaba al contacto con los de Sangüesa en la orilla opuesta. Otra en el centro del río y la tercera para combatir con los aibareses, que les atacaban por la espalda.

Desde la recuesta de la hoy llamada Magdalena, arrojaban los sangüesinos sobre la vanguardia enemiga una lluvia de saetas, dardos, piedras y todo género de armas arrojadizas, haciendo retroceder a los que se encontraban ya en la orilla. Acometido el ejército aragonés de frente y por la espalda, entre dos fuegos, vióse acosado a penetrar todo él en el río, el cual venía crecido por las lluvias de los días anteriores.

En trance tan apurado, fueron pocos los que quedaron con vida, obteniendo una victoria completa los sangüesinos y aibareses. Dice la historia que tuvo el ejército aragonés más de 4.000 bajas y de los nuestros se contaron 120 vecinos de Sangüesa. Recobraron aibareses y sangüesinos el botín numeroso que habían pillado en su invasión los aragoneses, y un grupo de jóvenes infanzones de Sangüesa conquistó, en lucha porfiada con los bravos patriotas que la custodiaban, la bandera o estandarte real de Aragón, el cual entre los vítores de la multitud llevaron a la villa, una vez terminada esta famosa batalla llamada del Vado de San Adrián.

El Cabildo y Jurados de Sangüesa marcharon prestos a Urroz a contar al rey la victoria y a ofrecerle el pendón de Aragón. Recibióles el monarca con gran efusión y contento, mucho más al comunicarle que, con la victoria alcanzada, se terminaba la guerra y podía licenciar las tropas preparadas.

Satisfecho don Luis, donó a Sangüesa el estandarte real para que lo exhibiesen en la villa, y les concedió que, al lado del castillo, que usaban en su escudo, pusieran otro cuartel blasonado con las cuatro barras rojas del de Aragón, luciendo sobre campo de plata en lugar de sobredorado, que eran las armas de aquel reino, y además que emblemasen su blasón con el título de “La que nunca faltó”. El trofeo conquistado por los sangüesinos se exhibía formando parte entre las banderas de los gremios en la solemne procesión del Corpus.

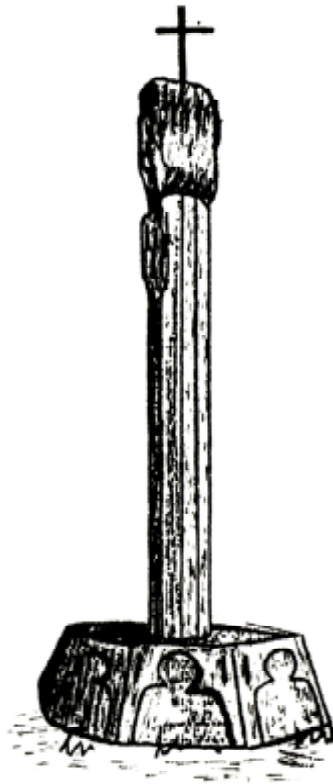
Transcurrió el tiempo, y Navarra y Aragón, con las distintas regiones de la Península Ibérica, integraron la nación española, olvidáronse las múltiples rencillas de aragoneses y navarros, y nuestra plaza sostenía amistosas relaciones, fruto de un activo comercio con todos los pueblos de la comarca vecina. A pesar de ello, sentaba mal a los aragoneses que su bandera se exhibiese por las calles sangüesinas, pues recordaban la historia de su conquista y la noble soleira aragonesa ha sido en todo tiempo cuna de patriotas heroicos.

Solicitaban a los regidores de Sangüesa que tal bandera se conservase como recuerdo histórico y no la exhibiesen al público, a lo cual el Cabildo municipal no accedía. Y en la festividad del Corpus de uno de los años, hacia mediados del siglo XV, ocurrió el hecho inaudito que a renglón seguido contamos.

Salía la procesión de Santa María, lanzaban al aire las campanas sus sonidos recios, y su eco se dilataba en la paz del llano y se esfumaba hasta los montes verduscos de los confines. Como coros proféticos entonaba la multitud salmodias dulces. Formaban las filas de hombres ataviados con la elegancia del tiempo. Los mayorazgos, hijodalgos e infanzones lucían calzones cortos de raso, y ceñían a su cintura puntiagudos espadines. Caminaba la formación lenta y acompasada al son de los atabales y clarines por la Rúa Mayor. Los frailes franciscos y los del Carmen, los de la Merced y los de Santo Domingo rezaban quedo y a paso monacal, con las manos escondidas en las flotantes mangas, impávidos con la seriedad de nazarenos, acompañaban al Santo de los Santos. Ostentaban los gremios sus banderas alineadas en el centro de la calle e iba presidiéndolas el estandarte real de Aragón.

De súbito, se turbó la procesión. Gritan y corren los muchachos, las mujeres y los hombres y en maremagno se dirigen a la calle de Mediavilla, desenvainan los hidalgos e infanzones sus relucientes espadines, y todos, en tropel, van veloces hacia él. Ocurría que, al pasar el estandarte real frente a la posada, un hombre, jinete, en ligero caballo, presentándose instantáneamente en el centro de la calle, arrebató el estandarte a su portador, y al galope dirigíase, por las calles de Mediavilla y La Población al portal de Aragón.

Todo el pueblo corría en pos de él, y hubiera reconquistado el trofeo si en el campo de La Landa, próximo al cementerio actual, no resbalase el caballo, dando en tierra con el jinete. Diéronle alcance los más ágiles y, quitándole la bandera, después de porfiada resistencia, la empaparon en la sangre de este heroico patriota aragonés. En el lugar de la ocurrencia, donde quedó yerto el cuerpo del valiente, se instaló una columnita de piedra sustentando una crucecita de hierro, que hoy existe, y es la vulgarmente llamada Cruz de los Azadones. Desde entonces, dejó de exhibirse en las procesiones el estandarte de Aragón.



*Cruz de los azadones.*

Los de la generación del último cuarto del siglo XIX hemos conocido esta bandera de Aragón, la cual consistía en un trozo largo de tela de color grisáceo con manchas sanguinolentas convertido en harapos por la acción del tiempo, y en cuyo centro ostentaba la custodia o relicario, que se conserva guardado en un cuadro existente en el Archivo Municipal”.<sup>8</sup>

Miguel Ancil y Galarza nació en Sangüesa en 1875 y murió en Pamplona en 1967. Realizó estudios de ingeniero electricista. Colaboró asiduamente en casi todos los periódicos y revistas navarras de su época. En las obras sobre Sangüesa hay datos sobre historia, arte y vida cotidiana de la ciudad y añade composiciones poéticas alusivas a los temas que trata.

<sup>8</sup> ANCIL, M., *Compendio de la historia de Sangüesa, desde su fundación hasta nuestros días*, Pamplona, 1931, pp. 17-26. ; *Monografía de Sangüesa*, Pamplona, 1943, pp. 63-66.

Ancil, a través de sus dos Historias sobre Sangüesa, ha sido el escritor que más ha difundido la batalla de Vadoluengo a nivel popular. Utiliza totalmente lo relatado por Alesón en los *Anales*, pero hace un buen resumen del largo texto del jesuita. Añade algunas novedades, la procesión del Corpus y su recorrido por las calles, la vestimenta de los miembros del Ayuntamiento, el topónimo de la Cruz de los Azadones, lugar cercano al cementerio en donde dieron muerte al valiente aragonés que robó el estandarte real. Nos describe este estandarte con alusión a la custodia dorada, pues lo vio colgado en la secretaría del ayuntamiento, y fue testigo de su desaparición en el incendio ocurrido en 1937, al que se refiere en su segunda obra sobre Sangüesa escrita en 1943.

### **JOSÉ M<sup>a</sup> LACARRA**

“En el aspecto exterior los peligros venían del bandidaje endémico en la frontera con Guipúzcoa y Sos. En 1312 los de Sangüesa se dirigieron a Luis Hutin para que les enviara un jefe con poca gente con la que pudieran levantar el asedio que los aragoneses habían puesto a la villa de Petilla. Estos incidentes habían de dar lugar a penetraciones profundas de milicias locales de una y otra parte sin mayor trascendencia política”.<sup>9</sup>

José María Lacarra y de Miguel (Estella 1907- Zaragoza 1987) es el máximo representante y maestro de la moderna historiografía sobre Navarra. Se doctoró en historia sobre los fueros medievales de Navarra. Hasta su jubilación en 1977 fue, entre otros cargos, catedrático de la Universidad de Zaragoza. Promovió en Navarra la fundación de la Institución Príncipe de Viana y la creación de la revista de este nombre. Supo rodearse de un plantel de discípulos estudiantes que continuaron los avances del moderno medievalismo español. Nos ha dejado un copioso legado de publicaciones sobre todo de temática navarra y aragonesa.

Llama la atención las pocas líneas que dedica el gran historiador estellés al tema de la batalla de Vadoluengo. Y aunque cita los *Anales*, se abstiene totalmente de dar números y de otros aspectos, y tan solo recoge lo históricamente comprobable: la carta que los sangüesinos dirigieron al rey Luis Hutin pidiéndole algunas tropas para guardar las fronteras navarras frente a los aragoneses.

### **CONSECUENCIAS DE LA BATALLA**

#### **El escudo y el mote**

“Año 1312. A raíz del rasgo heroico de Sangüesa en la defensa del enclave navarro de Petilla, obligando al enemigo a descercarla, don Luis Hutin laureó a Sangüesa añadiendo al único cuartel de su escudo, que era un castillo almenado de tres torres sobre campo de plata con la S. y la A. en gules en

9 LACARRA, J.M., *Historia política del Reino de Navarra*, vol. II, pp. 256 y 262, Pamplona, 1972. Cita los *Anales*, Libro XXVI, cap. 2.



ambos lados, el de las cuatro barras rojas, pero sobre plata, y la orla honorífica de la más probada fidelidad: La que nunca faltó”.<sup>10</sup>

El primitivo escudo de Sangüesa es el castillo en su color natural sobre campo de plata. Lo tuvo y lo tiene Sangüesa la Vieja, actual Rocaforte, situada sobre lo alto de un montículo coronado por los restos de una fortaleza. Estas mismas armas siguió utilizándolas Sangüesa la Nueva, sobre el llano.

Un tipo de sello céreo exhibe un castillo gótico de tres torres almenadas con saeteras, mayor la central con una gran puerta y tímpano trebolado y una “S” en la parte inferior, la primera letra de Sangüesa. Leyenda: SIGILLUM CONCILII SANGOSCENSIS. Pende de un pergamino de 1291, que trata sobre el acuerdo que hicieron del valor de ciertas monedas el obispo y caballeros del reino con el gobernador de Navarra.

Tras la victoria de Vadoluengo en 1312 el rey don Luis Hutin concedió a Sangüesa en recompensa que, junto al castillo, pusieran otro cuartel blasonado con las cuatro barras rojas de Aragón sobre campo de plata, para diferenciarlas de las originales que están sobre campo de oro. Además, una corona abierta por timbre y por mote o leyenda “La que nunca faltó”. Históricamente, no aparecen escudos con las barras aragonesas hasta el siglo XV. Durante el siglo XVI le sumaron por bordura las cadenas de Navarra en oro sobre fondo rojo.



Sello de Sangüesa que cuelga de un pergamino de 1291.

Un manuscrito de finales del siglo XVIII, cuyo autor es el sangüesino Juan Francisco Barasoain, lo describe así: “El escudo de armas de esta ciudad se divide en dos cuarteles, el uno ocupa un castillo, que es su primero y

10 VILLABRIGA, V., *Sangüesa ruta compostelana*, Sangüesa 1963, p. 169, documento 28.

más antiguo timbre. En el segundo están las barras de Aragón, con la diversidad que la de aquel reyno están en campo rojo y ésta en plateado, en alusión a la memorable batalla del Vado de San Adrián, sobre las playas del río Aragón, en el reinado de don Luis Hutín, el cual le añadió este blasón con las reales cadenas de Navarra y el epíteto de La que nunca faltó. Por la lealtad y firme constancia a sus príncipes soberanos, en las medallas o veneras el alcalde, regidores y secretario está grabado el expresado escudo en un lado, y en el otro la imagen de la Purísima Concepción, cuya virginal pureza está obligada a defender por voto”.<sup>11</sup>



*Escudo del S. XVI.*

Los heraldistas definen así este escudo: Partido. Primero de plata y un castillo de tres torres en su color natural acompañado de las siglas S.A., primera y última letra del nombre de la ciudad, de gules. Bordura de gules con las cadenas de Navarra en oro. Por timbre una corona abierta y por leyenda: “La que nunca faltó”.

### **El pendón real aragonés.**

Agramont y Zaldívar, según hemos visto, alude a que los sangüesinos les quitaron a los aragoneses en Vadoluengo muchos de los despojos que llevaban, y sobre todo el estandarte real de Aragón, que después lo tiene por divisa en sus armas la villa de Sangüesa, pero en campo de plata, a diferencia que en Aragón es de oro.<sup>12</sup>

11 LABEAGA MENDIOLA, J.C. “Aspectos históricos y etnográficos de un libro manuscrito sangüesino”, *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, nº 50, Pamplona, 1987, p. 246.

12 AGRAMONT Y ZALDÍVAR, P., *Historia de Navarra*, Estella, 1996, pp. 733-735.

Alesón en los *Anales* anotó que el mejor y más estimado de los despojos de la victoria de Vadoluengo fue el estandarte real de Aragón, que ganaron los de Sangüesa y hoy se ve en ella, con insignia de los cuatro bastones rojos sobre campo de oro. Sin pérdida de tiempo, tras la batalla, ocurrida en 1312, el alcalde, jurados y muchos de los vecinos, que se habían hallado en la batalla, corrieron a toda prisa a la villa de Urroz para presentarle al rey Don Luis el estandarte aragonés, pues aquí se hallaba el rey recogiendo las gentes de armas que le iban llegando.



*Escudo de Sangüesa en un manuscrito del siglo XVII.  
Archivo municipal.*

Sin duda, que al decir que “hoy se ve en Sangüesa” dicho estandarte, el historiador jesuita lo contempló en el Archivo del Ayuntamiento de Sangüesa. En cambio, erró al escribir que las autoridades sangüesinas fueron a Urroz a ofrecer al rey Luis Hutin dicho estandarte, ya que el rey regresó a Francia el año 1307 y no volvió más a Navarra. Este hecho parece que figuraba en las *Memorias*, un tanto fantásticas, que se hallaban en el Archivo Municipal de Sangüesa y a las que nos hemos referido.

Alesón todavía da más detalles en los *Anales* al referirse a las manchas sanguinolentas, que dicho estandarte todavía mostraba: “En el cual (ayuntamiento) le hemos visto algunas veces, reconociendo los instrumentos de él, y al parecer con no dudosas señas de manchas de sangre, o del que le mantenía o del que le ganó, o de entrambos, aunque con el color de la sangre ya mortecino y desmayado con la antigüedad del tiempo”.



*Bandera actual de la ciudad de Sangüesa,  
bordada en 1863.*

Un manuscrito del Archivo Parroquial de Santa María de Sangüesa de finales del siglo XVIII, según hemos visto, nos habla de la bandera que se ganó a los aragoneses en la batalla de San Adrián y cómo se sacaba en las procesiones. “Hoy se saca un traslado a resulta de haber hecho los aragoneses el atentado de quererla robar, quitándola al que la llevaba en una procesión solemne, saliendo de improviso a caballo de un zaguán algunos de ellos, que para su resguardo tenían prevenida una emboscada a poca distancia de los muros. Lograron cogerla y el desorden de la procesión, pero por poco tiempo, porque, alcanzados antes de llegar a la retaguardia, quedaron sin vida y sin bandera, que hoy se conserva bien archivada”.<sup>13</sup>



*Escudo actual*

13 “Aspectos históricos y etnográficos”, Op.cit. p. 255.

Lo que es indudable que tal estandarte o bandera aragonés figura ya en el año 1568 en el Archivo Municipal de Sangüesa en una “Relación de escrituras antiguas y privilegios” como se comprueba a continuación:

“Dos sellos de plata de las armas de la villa.

Item la bandera ganada por el pueblo al infante de Aragón llamado don Belenguer.

Cinco libros viejos.

El palio para las procesiones del Corpus.

El repostero de las armas de la villa en paño.

La bandera de la villa que de nuevo se hizo para ir en alardes”.<sup>14</sup>

Pues bien, este llamado pendón real, colgado en la cabecera del salón municipal de sesiones se quemó en el incendio ocurrido en el ayuntamiento de Sangüesa, que entonces ocupaba una parte del castillo-palacio, el 21 de diciembre de 1937.

## ICONOGRAFÍA

### La batalla y el estandarte real

Han llegado hasta nosotros dos grabados que reproducen la batalla de Vadoluengo. Forman parte de una serie de dibujos y planchas que la Diputación del Reino encargó a José Lamarca, grabador zaragozano. Se realizaron en Pamplona en 1756 para las ediciones ilustradas de los *Anales de Navarra*, editados en Pamplona en 1766, de los jesuitas Moret y Alesón. Ocupan la cabecera de algunos libros y capítulos de la referida obra.

Estos grabados y dibujos se refieren a los hechos históricos más sobresalientes de la historia navarra, y pretenden exaltar la valentía de los naturales y cantar las glorias y excelencias de los reyes, pueblos y ejércitos. Es lógico que incluyeran la gesta de los sangüesinos y aibareses al derrotar a los aragoneses en Vadoluengo.

En la cabecera del Tomo 3º, Libro XXVI, de la edición de los *Anales*, Pamplona, 1766, figura concretamente la *Batalla del Bado de San Adrián, cabe Sangüesa que ganaron sus vecinos y los de Aybar*, como se hace notar en la inscripción que acompaña a la ilustración.

Según Fernández Gracia, el dibujo preparatorio lo aprobó la Diputación, pero con la condición de poner en la prueba de estado definitiva más gente armada en algunos parajes señalados y la sustitución del castillo por una ermita, creemos que por estar esto último más de acuerdo con la realidad. La composición se organiza en torno a un río, el Aragón, en escorzo, y un paisaje abrupto dominado por un montículo al fondo con la ermita de San Adrián de Vadoluengo de Sangüesa. En el cauce del río figuran las tropas aragonesas atrapadas, según nos cuentan los *Anales*, con todo lujo de detalles.<sup>15</sup>

14 Archivo Municipal de Sangüesa, Libro, 13. Año 1568, Relación de escrituras antiguas y privilegios.

15 FERNÁNDEZ GRACIA, R., *Reges Navarrae, imágenes et gesta*. Dibujos y grabados para ediciones ilustradas de los Anales de Navarra en el Siglo de las luces. Castuera, Pamplona, 2002, lámina 72, pp. 144 y 240.

LA BATALLA DE VADOLUENGO, 1312, Y SUS CONSECUENCIAS



*Batalla de Vadolunego. José Lamarca.*



*Batalla de Vadolunego. José Lamarca.*

Recientemente, 2012, Ángel Elvira, pintor natural de Mendavia, ha dibujado una viñeta para *Diario de Navarra*, que reproduce el momento de la batalla de Vadoluengo en que los sangüesinos arrebatan a los aragoneses el pendón real. Figuran en él las barras. El consabido texto que acompaña al dibujo es de María Inés Sáinz.



*Batalla de Vadoluengo. Ángel Elvira.*

Miguel Ancil describía así el estandarte en 1931, seis años antes de que el fuego lo destruyese: “Los de la generación del último cuarto del siglo XIX hemos conocido esta bandera de Aragón, la cual consistía en un trozo largo de tela de color grisáceo con manchas sanguinolentas, convertido en harapos por la acción del tiempo, y en cuyo centro ostentaba la custodia o relicario, que se conserva guardado en un cuadro existente en el Archivo Municipal”.<sup>16</sup>

16 ANCIL, M., *Compendio de la historia de Sangüesa*, Pamplona, 1931, p. 25.

## LA BATALLA DE VADOLUENGO, 1312, Y SUS CONSECUENCIAS

---

En una fotografía tomada en la sala de sesiones del ayuntamiento sangüesino figuran los corporativos municipales. La pared principal está ocupada por una imagen de bulto del Sagrado Corazón de Jesús sentado en un trono, a su lado izquierdo se observa un fragmento del pendón real aragonés con la custodia en el centro como motivo principal. A su izquierda hay un retrato que parece ser el del general Primo de Rivera, cuyo mandato se extendió desde 1923 a 1930.<sup>17</sup>



Otra fotografía reproduce, según la tradición, una parte del pendón aragonés bellamente enmarcado. Figura en el centro una custodia de tipo sol con adornos vegetales y florales a los lados. En la zona superior bordaron en mayúsculas DEL ESTANDARTE REAL DE ARAGÓN. El tipo de letra de ninguna manera corresponde al siglo XIV. Debajo de la custodia aparece un texto ilegible, que está sobreañadido, y que se refería seguramente a la gesta de los sangüesinos en Vadoluengo.



17 Esta fotografía es de Francisco Javier Beúnza Arboniés, le acompaña un texto “De cómo la victoriosa batalla del Vado de San Adrián, acaecida en 1312, afectó a Sangüesa, publicada en *Al revés*, revista sangüesina, diciembre 2010.